

“PARA NO CAER, DAR EL TRANCO A LA MEDIDA QUE NOS DAN LAS PIERNAS”

Ceferino Miguel

Los orígenes

Vine a este mundo un 7 de octubre, allá por el año 1938, en Tandil, tierra de verdes y oportunidades. Esas oportunidades que buscaron mis abuelos paternos al venirse de España en 1906. Llegaron a Tandil, donde mi papá Petronilo, con tal sólo seis años, tuvo que crecer de un golpe y dedicarse a lo que estaba a su alcance: trabajó en una fábrica de quesos, también en el campo y con el tiempo, de herrero, reparando molinos.

La vida quiso que su camino se cruzara con el de María Eugenia Vázquez. Y al poco tiempo se casaron. No tardaron en aparecer los hijos. Fueron doce, siete varones y cinco mujeres. Yo llegué noveno. No era sencillo ser tantos. Siempre había más hambre que comida. Pero ninguno de nosotros estaba dispuesto a dejarse vencer, así, de a poco, cada uno fue aportando a la casa lo que podía.

Chiquito con empuje

Cuando mis hermanos mayores empezaron a salir al mundo buscando un trabajo, yo los miraba con admiración. Si bien la escuela era mi principal quehacer, a mí también me gustaba colaborar en casa. Desde muy temprana edad, aprendí que el trabajo mejora la calidad humana.

Un día, después de clases, dando una vuelta por el campo, empecé a juntar flores y me puse a venderlas. Tenía ocho años y ése fue mi primer acercamiento al esfuerzo y la honestidad del trabajo. Vendía flores y leche, repartía diarios; me la rebuscaba mientras terminaba la escuela. Iba aprendiendo sobre el mundo, realizando todas las tareas a mi alcance para juntar el mango y llevar leña y comida a casa.

El primer trabajo

Cuando terminé la primaria, empecé a trabajar en horario corrido en una fábrica. No pude seguir estudiando. Era mi primer empleo formal. La empresa,

que tenía tres socios, fabricaba máquinas de picar carne y embutidos. Como yo era el único empleado, al comienzo lo único que escuchaba era: “Miguelito vení, Miguelito llevá, Miguelito andá”. Pese a llamarme Ceferino, ahí era Miguelito, por el diminutivo de mi apellido. Hoy los nietos de aquel primer patrón me siguen llamando Miguelito.

Cuando entré a trabajar, no sabía que ahí iba a durar diez largos años. Al comienzo trabajaba gratis, ad honorem. Después empecé a cobrar por quincena. Cuando no me pagaban, me la rebuscaba. Salía al monte a cazar y después vendía los cueros en la curtiembre. Siempre llevaba algo de plata a casa. Me llegaron a deber siete quincenas. Cuando me las pagó todas juntas, el patrón me dijo: “Gallego, vos sos el único que se lleva plata... los otros nada más se llevan los vales que firmaron”.

El amor y la familia

Mis días de muchacho los pasé en la fábrica. Una vez, saliendo de casa, la vi a Juliana, mi vecina de enfrente, hermosa. No me la podía sacar de la cabeza. Ella tenía trece años. Yo, diecisiete. Todo empezó como un juego de chicos. Cuando ella cumplió sus dieciséis, nos pusimos de novios en serio. Hasta hoy me acompaña y me llena de felicidad.

Tras cuatro años de noviazgo, nos casamos. Tenemos cinco hijos que son nuestro orgullo: Claudia, Marcela, Mauricio y Victoria —los mellizos— y Esteban. A todos les inculcamos el respeto por el estudio y el trabajo. Hasta hoy, nos dieron diez nietos y un bisnieto.

El ingreso a la industria metalúrgica

Una vez casado, mi trabajo en la fábrica de picadoras de carne ya no me alcanzaba. Los pagos eran muy irregulares. Así que, con Miguel Montero y otros tres socios, decidimos armar nuestro propio taller.

En 1963, empezamos con Fundición La Estrella. Le pusimos ese nombre porque, cuando arrancamos, éramos cinco socios y formábamos las cinco puntas de la insignia. Empezamos en una cuevita de chapa y cartón con un horno. La primera pieza que fabricamos la hicimos muy precariamente. Comenzamos fabricando ceniceros, cuchillos, cosas pequeñas.

Aquella sociedad inicial duró apenas algunos años. La ganancia no daba para repartir nada más que miseria. Tres de los socios abandonaron el barco.

Quedamos Montero y yo, dispuestos a dar pelea. Aquí me sirvieron las enseñanzas que adquirí en mis dos años de servicio militar en la Marina, primero en Mar del Plata y después en Bahía Blanca. Allí aprendí la disciplina necesaria para lograr las cosas que uno quiere.

Abriendo horizontes

Como el margen de ganancia seguía siendo muy bajo, Montero se fue de jefe de fábrica a una empresa importante. Yo seguía en la empresa de picadoras. La Estrella era una actividad a la que nos dedicábamos cuando podíamos.

Un día me harté y dejé la fábrica para buscar trabajo, necesitaba abrirme a nuevas oportunidades. Luego de recorrer todo Tandil golpeando puertas, me tomaron en la empresa donde mi socio era jefe de planta. Entré como capataz de turno, manejando los grupos de moldeo y horno. Pero al año hubo una reestructuración y me pusieron de jefe de horno.

Yo no entendía por qué habían tomado esa decisión. Fui a ver al gerente y le dije: “Yo no manejo el horno. Lo mío es el moldeo. ¿Por qué decidieron ponerme en el horno?” A lo cual, él me respondió: “Si te puse ahí es porque tenés lo necesario para hacerlo bien”. Tenía razón. Fue un gran aprendizaje que me sirvió durante toda mi carrera.

El despegue

Trabajé como jefe de horno durante un año. Al final, me decidí a apostar a pleno por La Estrella. Los obreros me celebraron la despedida en un club. Siempre fui un jefe muy preocupado por la gente.

En 1965, empecé a dedicarme a La Estrella a tiempo completo. Así empezamos a crecer, empezamos a fundir bronce, a tomar trabajos de Mar del Plata. Realizábamos piezas de baja producción y eso nos sirvió como impulso para despegar.

Al poco tiempo, dejamos la cuevita donde funcionaba la fundición y pasamos a una planta de ocho por ocho. Eran tiempos de crecimiento para la industria. Teníamos muchos clientes para los que hacíamos una amplia variedad de trabajos. Producíamos piezas en bronce y aluminio, cilindros, bombas de riego, entre otras. Al poco tiempo, con mi socio ya nos habíamos comprado un auto.

El presente y después

Desde ese despegue inicial, tuvimos épocas mejores y otras no tanto, nuestra empresa no estuvo al margen de los vaivenes políticos y económicos del país. Como siempre, salimos adelante trabajando, cumpliendo con los compromisos, pagando bien a nuestros empleados, respondiendo en tiempo y forma a nuestros clientes, y no dejándonos vencer nunca.

En 2009 nos mudamos al Parque Industrial y seguimos trabajando allí. Tengo el honor de haber sumado a mi hijo Mauricio a la empresa. La diferencia de edad se nota: yo soy más de parar la pelota y él cierra los ojos y va para adelante. Él quisiera agrandarse y yo le digo que demos el tranco a la medida que nos dan las piernas, porque si no, nos caemos.

Lo digo por experiencia, para que no le pasen todas las que tuve que pasar yo. Hablo con la autoridad que me dan los años. Pero sé que él tiene esa fuerza de la juventud, ese empuje que te da sentir el futuro de cerca. Nuestra vida fue y es modesta. Todo el amor y seguridad de la familia no podría haberse dado de no ser por el sacrificio y el esfuerzo con que trabajé toda mi vida.